

«Ambo florentes cœtatibus, arcades ambo.»

Peñaflor y Sapiens con sus ponchos al hombro y sus sombreros negros en la cabeza, van todos los domingos en nombre de la compañía á arreglar y suscribir los contratos con el director de la mina en que trabajan. En el acto de firmar lian un cigarro que ofrecen al patron como en garantía de su palabra. El cigarro parece representar lo mismo entre los chilenos que la pipa entre los Pielos-Rojas. El talento de fa-

bricar artísticamente un aromático cigarro no es el único que posee Peñaflor. Nadie sabe manejar el lazo mejor que él y cuando una mula se escapa á la montaña, Peñaflor es quien va detrás de ella y la trae victoriosamente á la cuadra por medio del lazo. Este servicio se paga en California con dos ó tres dollars.

Entre todos estos tipos no debo olvidar el de Ah-Hun, el chino, vecino mio, cuyo preciso autógrafa



Cava y lavadero de arenas en un rio.

conservo: «Ah es el nombre de mi madre, me decia, y Hun el de mi padre.» Astuto como todos los suyos, Ha-Hun, habia estafado algo en el *claim* de una compañía limítrofe y me tomó por árbitro de la diferencia. Fingiendo no comprender el inglés, solo me hablaba en chino y recusó al árbitro pretendiendo que el juicio debía hacerse en su lengua.

Si hubiera de continuar describiendo tipos californianos, citaria al irlandés Sim, quien olvidando su vida pasada y su educacion completamente francesa consintió ahumarse durante años enteros en su vasta chimenea de minero. Sentado desde por la mañana hasta la noche ante su olla donde cocian las patatas, Sim, ejercia en esta dulce quietud de cuerpo y alma las funciones de guarda de una mina que hubo de

abandonar en seguida. Despues pasó á los *placers* de Walker-River conduciendo al través de la Sierra convoyes de harina para los hambrientos mineros del Utah.

Podria citar aun á cierto americano *marcador de claims*, único perezoso que he conocido entre los yankees. Pasó todo el verano de 1859 en una cabaña abandonada, de la que rara vez salia para ir á demarcar ilusorios claims á los riachuelos entonces desecados. Desde las primeras lluvias del otoño, salia todos los dias y entró en tratos con los chinos que volvia desus trabajos y á los cuales vendió con prima los *claims* inexplorables del estío, mejorados súbitamente con las lluvias. No teniendo los chinos derecho á explotar un claim, sino comprándolo ó tomándolo en

arrendamiento, se veian obligados á pasar por las horcas caudinas de este yankee.

Despues de haber hablado tan largamente de los hombres, ¿por qué no hemos de decir algo de las mujeres, bien que estén aun tan escasas en California y sobre todo en las minas. Citaré una entre otras, que los mineros llamaban Juana de Arcos y que dejará en la historia de California un carácter legendario.

Trabajaba como un hombre en los *placers* y fumaba en pipa. Otra, que aun vive en California, donde explota actualmente un *claim* productivo, responde al nombre de María Pantalón, apodo que debe al traje que ha adoptado. Es francesa como Juana de Arcos, y no hay en efecto otras mujeres que las francesas para dedicarse tan *sans façons* á semejante estado. Los americanos, que no comprenden que el destino de la



Panorama de Sacramento.

mujer esté fuera del hogar, admiran el valor varonil de Juana y de María.

Durante mi larga permanencia en el condado de Mariposa y sobre todo en las cercanías de Culterville, vivia entre los mineros estudiando sus ingeniosos procedimientos para lavar y extraer el oro. Ya habia dejado la casa hospitalaria de P. y comprado por trescientos francos una cabaña adonde habia llevado mis penates. Esta cabaña estaba situada junto al camino entre Culterville y Bear-Valley en la margen ó mas bien en el lecho mismo del Maxwell's-creek, seco á la sazón. Mi habitacion que solo media algunos metros cuadrados estaba al nivel del suelo y era á la vez mi salón y mi gabinete de estudio. Toda la construccion

era de madera, escepto la chimenea. Sobre el pavimento habia estendida una estera chinesca que formaba la mas elegante y blanda alfombra. El lecho, cama modesta y solitaria que los sueños felices vinieron á visitar alguna vez, ocupaba uno de los lados de la pieza: en medio estaba la mesa-escritorio, en el fondo otra mesa trasformada en biblioteca, alrededor de la sala bancos ocupados con el equipaje del viajero. No habia ningun adorno sobre la chimenea, á no ser algunas muestras de cuarzo aurífero. Algunos anaqueles en las paredes, un lavabo en un extremo, una butaca y dos sillas de paja sin sitio fijo, completaban este mobiliario de cenobita. El *rocking-chair* ó butaca, aventajaba mucho á las sillas y yo me dejaba

mecer á su dulce movimiento y mas de una vez, cuando vino el invierno, me sorprendí á mí mismo en mi cabaña, evocando los recuerdos del pasado. Los risueños fantasmas de la juventud, fieles á mi llamamiento venian á alegrar mis largas veladas. Francia estaba allí á mi vista; pero no; que al despertarme estaba á 3,000 leguas de distancia.

Mi cabaña recibia la luz por dos ventanas que se abrian al modo de las inglesas; una cortina blanca las velaba por dentro y por fuera una estera chinesca al cerrar la noche. Una puerta, que no cerraba muy bien, completaba el número de las aberturas de mi palacio californiano, donde viví muchos meses en la vida tranquila de los *placers*. Con frecuencia un minero de paso, casi siempre chino ó español entraba á preguntarme el camino ó á beber agua. Algunas veces pasaban indios: Las mujeres, siempre harapientas, venian buscando en la basura, huesos y otros despojos, provisiones que recogian en canastos de junco donde llevaban á veces sus hijos tambien. Los hombres iban delante sin mas carga que sus flechas. Un dia pasó una horda de indios pintados de rojo, los cuales iban á robar una antigua fábrica de cuarzo. Cada cual llevaba su lanza y bajo la conducta de un jefe dejaban oír un canto guerrero. Su voz era sepulcral y su música monótona como un salmo mortuario. Al llegar á mi puerta se pusieron á danzar y luego estendieron las manos pidiéndome algunas monedas.

Durante mi ausencia, y aunque ordinariamente la puerta no se cerraba con llave, nadie se hubiera atrevido á rebasar el umbral de mi cabaña ni aun detenerse en él. Una casa es sagrada en California y desgraciado el que se atreviera á entrar violentamente.

Hallándome otra vez en Culterville á fin de noviembre, volví á ver mi querida casa: era la época en que comienzan en California las fuertes lluvias del invierno.

El Maxwell's-creek hinchado repentinamente por la afluencia de aguas que estrepitosamente descendían de las montañas vino á convertirse en un verdadero río: mi cabaña apareció como en medio de un lago. Este espectáculo recordaba á los chinos de la vecindad sus ciudades y jardines flotantes del río Amarillo y del Pi-ho. Una noche de tormenta me rodearon las aguas y no pude salir por la mañana sino lanzando mi intrépida mula al torrente con agua hasta la montura. ¡Gran bestia! todavía la recuerdo. Con pie firme como todas las mulas del país andaba seguramente por los mas pedregosos caminos y difíciles senderos: tan sóbria como los camellos de los desiertos de Africa, sabia imponer silencio al hambre y andaba y corría desde por la mañana hasta la noche contentándose con pillar al paso algun bocado de yerba; pero á la noche, cuando volvía á la cuadra, lla-

maba con el pie en la puerta, si Vermenuze no habria pronto, y miraba con cierto enojo cuando se tardaba el heno ó la avena tan bien ganada.

Las cabañas de mineros de mi vecindad se asemejaban á la mia y á todas las de California: están construidas con troncos ó tablas de pino ó pinabete y á veces con ladrillos sin cocer segun la moda megicana. Un toldo forma ordinariamente el techo; un pabellon ó ramada, especie de ático, precede casi siempre la puerta de entrada, donde los mineros comen en el verano, pasan la siesta, fuman y duermen por la noche. La casa, por emplear el término usual de los franceses, no ocupa mas que una breve superficie; recibe la luz por la puerta y por una pequeña ventana lateral; muchas camillas de madera, verdaderos lechos de campaña, llenan el aposento, lechos que sirven para todos los camaradas del trabajo. Una chimenea groseramente construida, ocupa uno de los lados ó el fondo de la cabaña, y sirve para hacer la comida y para calentar la casa en el invierno. Vasta y ancha como las chimeneas de nuestros antiguos casares, es capaz de árboles enteros, que no se le escasean porque la leña no cuesta nada en el país. En uno de los rincones del estrecho recinto hay algunas tablas para soportar el modesto aparato que forma la batería de cocina; en otro lado está la mesa para comer. Por aquí y por allá hay en la pared algunos clavos que sirven para colgar la ropa. En el suelo, botas, zapatos, vestidos haraposos, herramientas. Las paredes suelen tambien estar adornadas con grabados que representan varios asuntos. A pesar de todo este desorden, reina generalmente en la casa una gran limpieza, sobre todo cuando es un francés quien la ocupa, y nada viene á hacer desagradable la vivienda.

En virtud de la completa seguridad de que se goza actualmente en el país, la puerta no se cierra jamás con llave. Pobre del pasajero á quien se coge infraganti: el revolver hace pronta justicia. A alguna distancia de la entrada está fijado á un árbol el molino mecánico para el café de cada dia: al pie de este árbol hay á veces una cabaña para un perro compañero del minero y fiel guardador de la casa.

Si el *claim*, el *placer* es el sitio de trabajo del minero, trabajo ruidoso y animado, sobre todo para el francés, el campamento es el lugar de las distracciones y los despachos de bebidas y establecimientos de toda clase abundan en él. La cabaña, al contrario, es no solo el paraje pacífico de la mansion, sino tambien el lugar de las emociones tranquilas. Los franceses, esos eternos habladores, saben alegrar sus veladas, evocando los recuerdos de la patria, que dejaron para siempre acaso. Allí hablan de las aventuras californianas tan interesantes en los bellos dias del descubrimiento del oro; citan con cierto pesar las fortunas improvisadas en los primeros dias de la inmigracion,

ó perdidas en la disipacion ó en los negocios desgraciados: es la esperanza siempre halagada y casi siempre engañosa de hacer otra vez fortuna y volver al país natal; es el deseo incesante de cambiar la posición actual por otra mejor; es la lectura de una novela, cuyos héroes imaginarios se siguen con ardor. A esta lectura se añade la de los periódicos, que comentan cada cual á su manera, y se concibe qué interés han tenido para los mineros franceses de California esos ocios lejanos de la patria en la época de las últimas guerras de Oriente, Italia y la China.

Yo, solo en mi cabaña, no tenia los mismos medios de distraccion que los mineros para entretener mis veladas: asi que abandonaba muchas veces mi albergue, y cabalgando en mi mula visitaba á algunos de mis vecinos. Con frecuencia seguia mi camino hasta las orillas de la Merced. Iba á ver á un paisano y amigo mas feliz en otro tiempo en Francia y establecido entonces en el paraje de las Tarántulas, nombre de mal augurio. Habia asistido á las conmociones que señalaron el nacimiento de Eldorado, donde estubo en riesgo de ser víctima de la ley de Lynch. Un *meeting* de mineros juzgaba al culpable cuando podia capturarse y por mayoría de votos se le condenaba á la horca. Una cuerda y un árbol componian todo el aparato del suplicio: el jurado se formaba de mineros, á la vez jueces y verdugos.

Hé aquí cómo mi amigo me refirió su aventura.

«Una tarde iba á la ciudad de Colombia: era invierno, la noche estaba oscura y mi mula andaba con desconfianza. No sabiendo cómo reconocer el camino y encontrar la ciudad, me dirigí á una cabaña donde ví luz. Cuando echaba pie á tierra, la detonacion de una arma de fuego me hizo temer haber caído en manos de algun ladrón. Procuré entonces ponerme otra vez en camino y llegué en fin á una especie de taberna, donde unos mineros medio ébrios bebían *whisky* y *gin*. Referíles el suceso y á una sola voz gritaron todos: Tú eres el culpable y vas á pagar la pena de tus maldades.—Entonces, les contesté ¿cómo habia de venir á entregarme á vosotros?—Sí, tú eres el miserable á quien buscamos, tú que asesinaste ayer en su *claim* á aquel minero americano á quien robaste despues su oro. Vamos á ahorcarlo, gritaban.—Pero, amigos míos, les respondia, venid conmigo á la cabaña y os convencereis de dónde ha salido el tiro. En efecto, dieron treguas á los funestos preparativos que algunos bebedores mas prevenidos que los otros hacian ya para mi suplicio, y me acompañaron á la cabaña. Llamaron y nadie respondió.—Ves como lo has muerto tú, repetían á coro los desenfadados partidarios de la ley de Lynch, ávidos de gozar el espectáculo de mi horca.—Abrid la puerta, les dije, y vereis dónde se halla el taco de la escopeta ó revolver descargado contra mí.—El revolver está en tierra, contestó uno

de ellos armado de una linterna, y el taco está aquí á su lado fuera de la cabaña. El francés es quien ha tirado.—Sí, el francés ha sido el que ha tirado contra mí, añadió abriendo su puerta el dueño de la cabaña, alentado por los otros.—Pues en nuestro poder está y no ha de escaparse esta vez, dijo uno de los mineros fijando en mi pecho la boca de su revolver.—A la horca, gritaron todos entonces. ¿De qué sirve, sino, la ley de Lynch? Yo estaba aterrado y no podia pronunciar una sola palabra, viendo tan cerca mi última hora. Como yo vestia mejor que un minero y llevaba aquel dia una camisa blanca y botas barnizadas, se me acriminaba esto tambien creyendo que lo habia robado. En medio de este desorden sin nombre, el revolver fue separado de mi pecho, sin duda por una mano providencial. Sentí entonces renacer mis ánimos y probé á dar por garantía el nombre de un amigo de Colombia á quien iba á visitar. Sí, sí; tu cómplice, me dijeron. Probé luego á disculparme explicando á mis jueces que el revolver se habia sin duda escapado de su fonda al bajar de mi caballo y que se habia disparado á la caída. ¡A ahorcarlo! gritaron. Y me echaron una soga al cuello: iba á morir. De repente y atraído por el alboroto, llegó otro hombre á toda prisa: era el amigo á quien iba yo á visitar. Luego que se enteró del conflicto, dió garantías por mí y arrancándome de las manos de aquellos asesinos, me condujo á su casa. Tan violentas emociones me impidieron cerrar los ojos en toda la noche; y el dia siguiente vinieron mis verdugos á disculparse. De buena me habia escapado. Desde entonces estoy muy lejos de llevar en mi corazón á los ciudadanos de Colombia. Todavía conservo la camisa blanca en que apoyaron la boca del revolver, marcada con una señal muy distinta.»

Mi amigo estaba vivamente conmovido al referirme esta historia: tan presentes tenia los hechos en su memoria. Yo reflexionaba en la irritabilidad de las pasiones populares. La ley de Lynch habia tenido á veces su lado bueno, pero debió haber herido con frecuencia á muchos inocentes.

## V.

Partida de Culterville.—Los chinos en el río Stanislaw.—El río y la ciudad del Sacramento.—Exposicion agrícola.—Ferrocarril de Folsom.—La primera pepita de oro.—Auburn.—Los malos parroquianos de impuesto de bebidas.—Grass-Valley y sus minas.—Trabajos en California.—Nevada.—Marysville—Pugilato.

A fines de setiembre, habiendo sabido que debia celebrarse un *meeting* de mineros en Grass-Valley, la ciudad minera por excelencia, dije adios á Culterville para dirigirme hácia aquellos nuevos parajes. Ya habia visto una parte de las minas del Sur y ahora iba á visitar las del Norte mucho mejor esploro